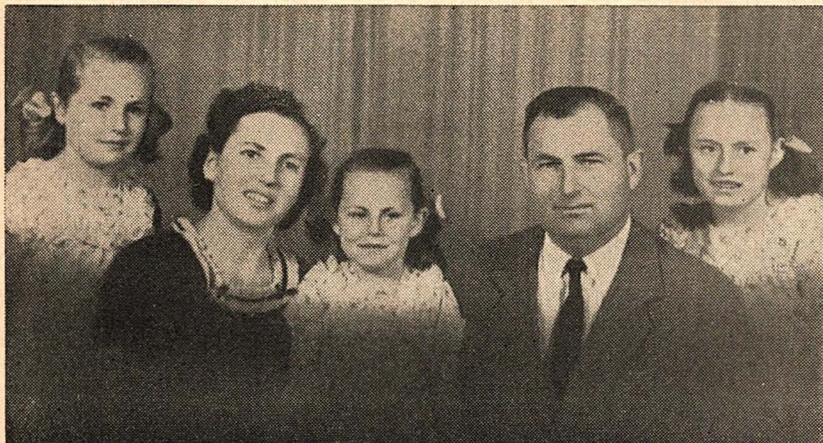


## COMPRENDI, DESESPERADO, QUE NO PODRIA SOPORTAR MUCHO MAS. ERA LA MUERTE

*El protagonista de este relato, junto con su familia, en el tiempo de la angustiada experiencia que le tocó vivir. Desde entonces, los años vividos los considera prestados por la Providencia.*



duda debía estar recostada en otra cama, a dos pasos) pero la voz, estrangulada, no salía.

Pensé entonces que lo que me estaba sucediendo no podía ser real, sino consecuencia de la fiebre. ¿Delirio? Me sentía cada vez peor. Para cerciorarme de mi lucidez extendí mi mano hacia la mesita de luz y palpé unos medicamentos, un vaso y otros objetos que mi esposa había puesto allí por si los necesitaba. Estaba consciente, me daba cuenta de lo que hacía y, sin embargo, la mole negra continuaba presionándome como un monstruo inmisericorde y de garras enormes. Comprendí que no podría soportar mucho más. Era la muerte. Con desesperación imaginé el cuadro que encontrarían Elena y mis tres hijitas a la mañana siguiente. Hubiera deseado decirles algo, explicarles, despedirme. . .

En esos instantes, que la zozobra magnífica en duración, me parecía ver que el frágil hilo de mi vida se adelgazaba y estaba muy próximo a cortarse. De pronto, como si me hallara frente a una pantalla, comenzó a pasar velozmente ante mí una "película" en la

que me reconocí reviviendo pasajes casi olvidados, momentos de mi juventud hurtando sandías a un viejo quintero, aquella vez que había sido desleal con un discípulo, aquel otro problema de. . . El recuento fue cuestión de segundos, pero quedé aterrado. Eran faltas pequeñas y grandes que no había arreglado. La muerte me sofocaba y yo me iba dejando cabos sueltos. Hice un último y agónico esfuerzo para llamar a mi esposa, pero tenía los labios como soldados. Era el fin.

Súbitamente mis ojos vieron algo increíble. Contra la negrura casi sólida que me aplastaba demandando mi último aliento, se recortaban nítidamente unas letras luminosas, tipo de imprenta. Las palabras me resultaron conocidas, pues alguna vez las había leído en la Biblia, aunque no recordaba en cuál de los libros. Pero allí, cerca del techo, se veía el pasaje completo, hasta con la referencia: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo, si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y el conmigo" (Apocalipsis 3: 20).

Se apagó la "proyección" y una levisima esperanza de recibir ayuda me sostuvo entonces. Al momento, en el mismo lugar apareció un segundo verso bíblico. Esta vez era el de Isaías 1: 18: "Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana". Recuerdo perfectamente que luego de que se desvanecieran las letras ígneas pensé: "¿Entonces no necesito morir?"

Desde ese momento cambió por completo la situación. Desapareció la temible oscuridad, y junto con ella mi angustia. Como pude uní mis manos y oré a Dios, rogándole perdón por esos pecados pendientes que me había mostrado. También le agradecí porque, a pesar de lo terribles que habían sido esos instantes, comprendía que al Todopoderoso no lo movían otras razones que mi bien temporal y eterno.

Una vez en paz con Dios sentí un indescriptible bienestar. La muerte dejó de parecerme horrorosa. Recordé la historia del rey Ezequías (véase en la Biblia, 2 Reyes 20: 1-6) y le pedí al Señor que si le parecía bien me añadiera algunos años de vida. Sentía que debía saldar una deuda de gratitud, y además invoqué a nuestras hijas, que entonces contaban 6, 8 y 12 años y a quienes deseaba educar cristianamente.

Han transcurrido casi dieciocho años desde aquellos días. Considero que los he vivido prestados, gracias a una concesión especial (¿por qué no llamarla milagro?) que Dios me hizo en un momento crítico, como una manifestación más de su AMOR en mi existencia.=

**L**EI días pasados en una conocida y popular revista lo siguiente, refiriéndose a cierto país: "El Ministerio de Educación de. . . se enorgullece especialmente de su lema que afirma: 'El odio es un sentimiento sagrado'. Corrobora luego este postulado el articulista, señalando que el mismo ministerio prepara libros de texto para los diversos niveles de educación, en los que se exalta el odio y se incita a la lucha contra un determinado país.

En verdad, el odio, la maldad y el crimen que fueron huéspedes ausentes en los albores de este mundo, cuando todo (lo moral y material) "era bueno en gran manera", son elementos que se han filtrado y siguen filtrándose, al punto de constituir la misma trama de la sociedad en que vivimos.

Aun cuando vastos sectores de la humanidad se avienen a la situación imperante y comulgan con ella, quizá más que por convicción, por sentir la impotencia de oponer la menor resistencia a una fuerza impetuosa, avasalladora, hay quienes no han perdido su fe en la causa de la humanidad, pues siguen viendo en la estrella de Belén, la misma que guió a pastores y reyes hasta el humilde establo, a la única capaz de arrojar aún alguna luz de orientación y de esperanza.

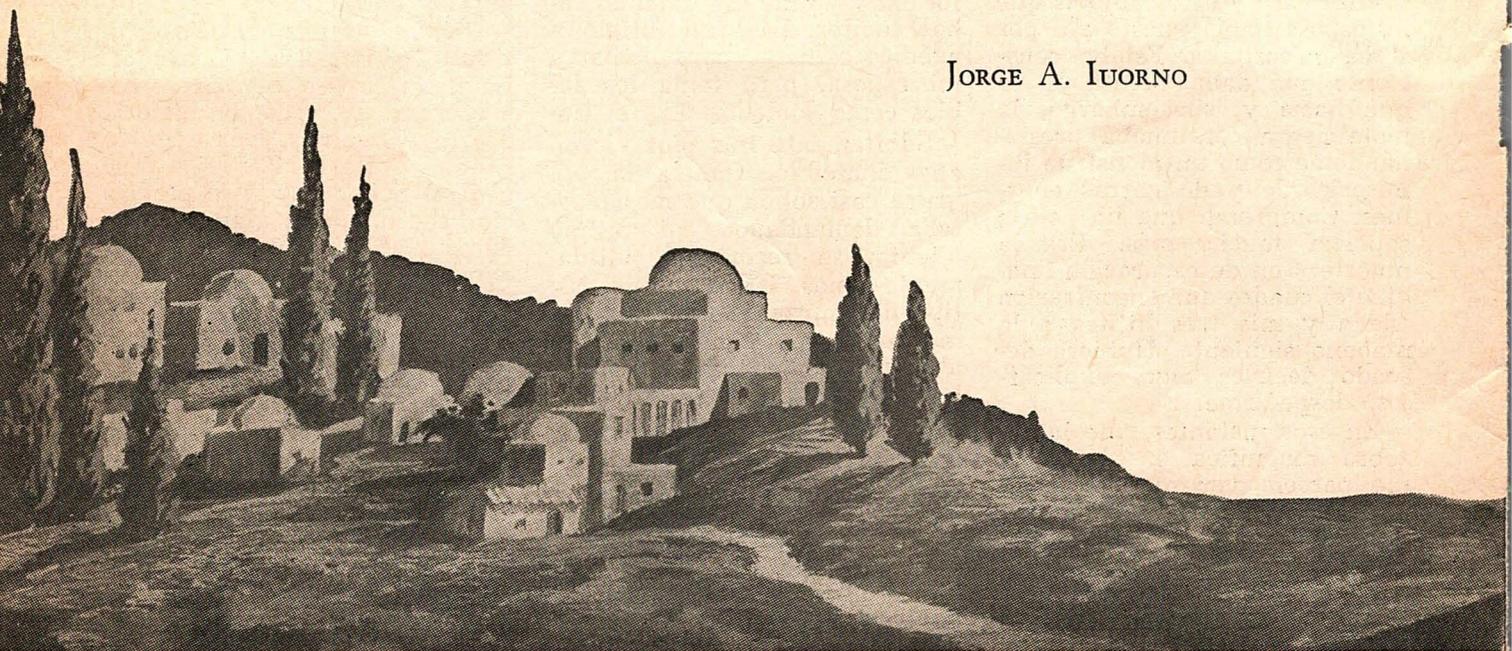
Podemos dar fe de actos nobles y heroicos, escritos con amor y arrojo que enaltecen y dignifican a la humanidad.

Hace ya varios años pude ser testigo, aunque no ocular, de un hecho que hizo un fuerte impacto en mi vida, como en la de muchos que conocieron el caso. Un modesto y fiel empleado, al que conocía personalmente y con quien había trabado amistad, cristiano sencillo pero sincero, regresaba a su casa después de un día de ardua labor. Debido a una mala maniobra, el micro en que viajaba perdió la estabilidad y volcó estrepitosamente. En medio de la oscuridad de la noche, los pasajeros trataron de abandonar rápidamente el ve-

hículo, pues ya era fuerte el olor a gasolina, lo que podía culminar en un peligroso incendio. A pesar de las advertencias, un joven pasajero, deseoso de recuperar un objeto perdido, encendió imprudentemente un fósforo. Se oyó un fuerte estampido e inmediatamente todo quedó envuelto por el fuego. A través del resplandor de las llamas se pudo ver cómo una joven madre luchaba juntamente con su hijita para salir de lo que se había convertido en trampa mortal. Nuestro amigo ya había descendido, y guardaba segura distancia cuando contempló aquella escena. Sin titubear un momento y sin medir los riesgos, se lanzó en medio de las llamas,

## ¿QUE FESTEJAMOS EN NAVIDAD?

JORGE A. IUORNO

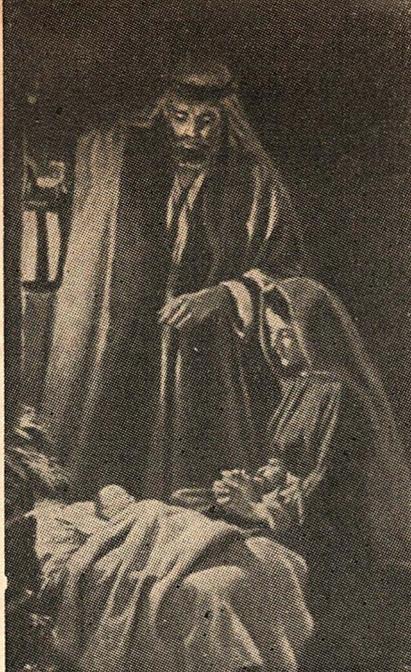


desprovisto de protección, para ayudar a las víctimas. Después de algunos instantes, madre e hija, ligeramente chamuscadas, estaban a salvo, pero nuestro protagonista había sufrido tremendas y profundas quemaduras que demandaron su inmediata internación y asistencia médica. Su sufrimiento fue largo y penoso, y no obstante los cuidados prodigados, pocas semanas después falleció con su rostro desfigurado y su cuerpo mutilado. Dejó una viuda e hijos huérfanos, pero salvó dos vidas a cambio de la suya propia.

Casos como éste se repiten con rara frecuencia, y nos hacen pensar en lo que es capaz de hacer el verdadero amor al prójimo, sobre todo cuando éste ni siquiera es conocido.

No obstante, hay una historia de amor mucho mayor, incapaz de igualarla el hombre. La esbozó y la ejecutó la Divinidad; su destinatario: el hombre; su propósito la redención; su motivo: el amor. Y fue realizada porque Dios no quiso ver a la humanidad sumergida en una noche sin estrellas, en una noche sin fin.

La rebelión del hombre no es un suceso nuevo y contemporáneo, es de triste y antigua data. Se remonta a los días de su perfecto y primitivo hogar: el huerto del Edén. Allí desafió a la autoridad divina; despreció las advertencias dadas para su propio bien, y trabó equí-



No fueron  
multitudes las que  
dieron la bienvenida  
al recién nacido.  
Muchos lo ignoraron,  
millares lo  
combatieron,  
los menos lo  
adoraron

voco diálogo con el agente del mal que lo conduciría a una escabrosa y peligrosa senda.

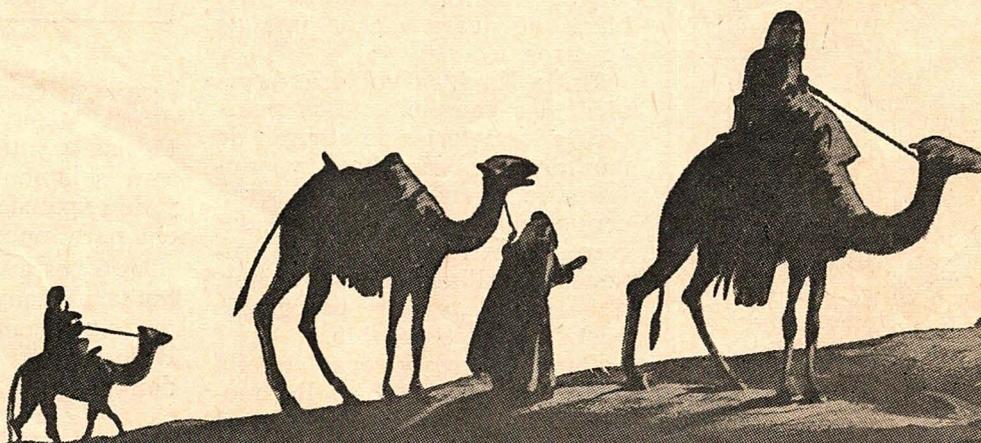
Nada podía reclamar el hombre en tal situación porque él era el responsable de su equivocada elección. No obstante le fue dada una promesa basada en una dádiva infinita, mezcla de amor y dolor y que con perfiles de cruz signaba la mejor, la única esperanza. Un Enviado, un Mesías, un Redentor. Lo anunciaron los patriarcas, lo proclamaron los profetas, lo aguardaron los hombres.

#### SU ESTRELLA HEMOS VISTO

La noche era fría, serena y cerrada. Los pastores guarda-

ban sus ganados en los valles y en las colinas de Judea. Súbitamente su tranquila vigilia se vió alterada por la presencia de un ángel que los inundó de resplandor y les dijo: "No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador que es Cristo el Señor".

Los reyes de oriente, movidos por un espíritu de adoración, guiados por la luz y llevando ricos presentes dijeron: "Su luz hemos visto". Para ellos, que estudiaban las profecías y conocían los tiempos, aquella manifestación tenía un



especial significado, y sólo vieron colmado su anhelo cuando estuvieron junto al pesebre.

La promesa milenaria del advenimiento de un Salvador al mundo se había cumplido. Allí, muy cerca de ellos, en Belén, había nacido la divinidad humanada en cumplimiento de las profecías, pero por sobre todo como expresión máxima del amor de Dios por los hombres. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (S. Juan 3: 16).

El gran móvil que impulsó a la Divinidad, el único, fue el amor. El amor a una raza pecadora y en rebelión. A una humanidad que no merecía otra cosa que la condena de su propia culpa.

La venida de Jesús cambió el nombre y el curso de la historia: fueron libres los esclavos, temblaron los valientes, cayeron los poderosos.

Un día de gloria amaneció para los hombres, un rayo de luz iluminaba su sendero. Jesús, el Hijo de Dios, la misma imagen y sustancia de su gloria, tomó forma humana, vivió y sufrió con los hombres



para redimir a los hombres. Con propiedad y claridad lo anunció varios siglos antes el profeta Isaías: "Porque un niño nos es nacido, hijo nos es

dado; y el principado sobre su hombro; y llamaráse su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán término" (Isaías 9: 6, 7).

La oscuridad de aquella lejana y primera noche navideña fue iluminada por la resplandeciente estrella de Belén que no sólo indicaba un camino, también señalaba un destino. Desafortunadamente no fueron multitudes los que dieron la bienvenida al recién nacido como el Redentor del mundo. Muchos lo ignoraron, millares lo combatieron, los menos lo adoraron.

Hoy, a casi dos mil años de aquel notable suceso, el de mayor significado para el hombre, encuentra nuevamente a la humanidad sumergida en intereses egoístas, combatiéndose con la espada, ardiendo de odio y rencor. ¿Es que se ha apagado la estrella de Belén? ¿Será que su mensaje milenario ha dejado de tener vigencia para los hombres en esta difícil etapa del siglo XX? Sabemos que los planes divinos no están sujetos al devenir de los hombres y que no todos se han dejado arrastrar por efecto de las fuertes corrientes dominantes.

El amor de Dios, expresión de su propio carácter, sigue siendo el poderoso imán que quiere regenerar y salvar al hombre. La dádiva de su unigénito Hijo constituye hoy la mayor y suficiente garantía del bien que desea a cada uno de nosotros.

En la Navidad volverán a repicar las campanas. Las puertas de las iglesias se abrirán de par en par. Hombres y mujeres de buena voluntad serán convocados por el jubiloso suceso. La estrella de Belén volverá a brillar con esplendor, guiando a cansados peregrinos hasta el viejo establo.

Para pastores y reyes aquella noche fue majestuosa. Reconocieron en el Niño de Belén al enviado de Dios. El amor divino llegaba hasta la tierra encarnado en aquel pequeño "leño de gracia y virtud". Para muchos fue una noche más, sin significado ni mensaje. ¿Cómo

Al venir a morar con nosotros, Jesús iba a revelar a Dios tanto a los hombres como a los ángeles. El era la Palabra de Dios: el pensamiento de Dios hecho audible. En su oración por sus discípulos, dice: "Yo les he manifestado tu nombre" —"misericordioso y piadoso; tarde para la ira, y grande en benignidad y verdad"—, "para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos". Pero no sólo para sus hijos nacidos en la tierra fue dada esta revelación. Nuestro pequeño mundo es un libro de texto para el universo. El maravilloso y misericordioso propósito de Dios, el misterio del amor redentor, es el tema en el cual "desean mirar los ángeles", y será su estudio a través de los siglos sin fin. Tanto los redimidos como los seres que nunca cayeron hallarán en la cruz de Cristo su ciencia y su canción. Se verá que la gloria que resplandece en el rostro de Jesús es la gloria del amor abnegado. A la luz del Calvario se verá que la ley del renunciamiento por amor es la ley de la vida para la tierra y el cielo; que el amor que "no busca lo suyo" tiene su fuente en el corazón de Dios; y que en el manso y humilde se manifiesta el carácter de Aquel que mora en la luz inaccesible.

E. G. de White

será esta celebración para nosotros? ¿Descubriremos en el Mesías a nuestro Salvador, o será solamente un día festivo y de expansión, sin trascendencia para nuestra vida?

Que esta feliz celebración tenga un mayor y más profundo significado para nosotros. Recordemos que Jesús fue el don perfecto de Dios, el único capaz de redimirnos de la miseria de este mundo, de darnos paz y gozo sin fin.

Que el resplandor de su estrella ilumine nuestra senda y nos conduzca a un más elevado destino.=

# COSAS DE NUESTRO DIARIO DECIR

—**T**ODOS sabemos que un disfraz oculta la verdadera personalidad de quien lo lleva, ya para afearla o para mostrarse superior a lo que realmente es. Este sistema de disfraces se extiende también a las palabras, ocultando a menudo su verdadero significado. Voy a citar como ejemplo dos verbos: *suplantar* y *detentar*. Con frecuencia oímos expresiones como ésta: "Durante la ausencia del ministro lo *suplantó*. . ." *Suplantar* significa ocupar con malas artes el cargo de otro, lo que comúnmente denominaríamos "moverle el piso" o "jugarle sucio". Por lo tanto, en casos como el citado debe usarse el verbo *reemplazar*. En cuanto a *detentar* ocurre exactamente lo mismo. *Detentar* significa, en lenguaje forense, poseer algo ilegítimo, sin derecho. Sin embargo, es muy usado en lugar de *poseer* o *retener*. Así, a menudo se oye decir que tal o cual campeón *detenta* aún el título, lo cual habla muy mal de dicho campeón.

—*Rumania* es una república de Europa Oriental, y no lleva ningún acento. Al menos no tengo noticias de que exista alguna *Rumanía*, como suelen decir algunos.

—En una historia muy emocionante que leí, no hace mucho, se decía que cierto sujeto "se paró en el *dintel* de la puerta. . ." y luego seguía el relato que para el caso no nos interesa. Me llamó la atención el hecho de que una persona pudiera pararse en el *dintel* y supuse que debía tratarse de un equilibrista; pero más tarde, al oír esa expresión también en boca de otras personas, supe que se referían al *umbral* de la puerta. El *dintel* es la parte superior de las puertas, ventanas, y otros huecos, y resultaría harto difícil pararse en el *dintel*; quienes lo hacen muy bien son las moscas, pero de ahí a que lo haga una persona. . .

—En cierta oportunidad, alguien me dijo que trabajaba en un *aserrío*, y debo confesar que



PROF. CELIA GILLIG

no sabía qué se hacía en un lugar así, y debí preguntárselo. Cuando me explicó que allí se aserraba la madera, caí en la cuenta de que se trataba de una *serrería* o *aserrería*, que es un taller donde se corta la madera. También tenemos el término *aserradero* que se refiere al paraje donde se corta la madera. Con todas estas palabras a nuestra disposición, no tenemos necesidad de recurrir a un término como *aserrío*.

—Hay algunos adverbios de tiempo que fueron cayendo en desuso, y hoy son considerados anticuados o arcaicos. Tal el caso de *denante*, *denantes*, *enante*, *enantes*, cuyo uso es muy común en el habla de Perú y Chile y significan antes. Algunos gramáticos, y entre ellos la Real Academia, los consideran como vulgares. Otro adverbio de tiempo, pero éste de uso familiar es *antier* por *anteayer*, usado especialmente en los países mencionados.

—La *cabritilla* es la piel curtida de cualquier animal pequeño, tales como el cabrito, el cordero, etc. Sin embargo es muy frecuente la expresión "cartera de *cabretilla*", que es

incorrecta, pues la palabra deriva justamente de *cabrito* y no de *cabreto*, como tendría que ser para que diera *cabretilla*.

—Un derivado de la palabra *exilio* es *exiliado*, y nunca *exilado*, así como *auxilio* da *auxiliado* y nadie se equivoca y dice *auxilado*.

—Es muy conocida la historia del pobre hombre que se creía el más pobre de todos los hombres, pues tenía para comer sólo un puñado de *altramuces*. Pero mientras los iba comiendo y arrojando las cáscaras, vio con horror que detrás de él venía otro que era más pobre que él, pues comía las cáscaras que él arrojaba. Pero lo que a nosotros nos interesa de esta historia son los *altramuces*, y no precisamente para comerlos, sino para saber qué son. Si vamos al diccionario, tendremos una larga explicación acerca del *altramuz* y su fruto, pero difícilmente nos demos cuenta de que se trata de los *lupinos*, y noten bien, que digo *lupinos* y no *lupines*, como comúnmente se los llama; pues el singular es *lupino*, y por lo tanto da *lupinos* en el plural.=



# “SOY UN MILAGRO”

LEONARDO ANDREWS

—ESTOY viviendo un tiempo prestado. —Esteban se sentó en la orilla del sofá donde había estado tendido leyendo un periódico extranjero— aquí estoy —continuó—, en el colegio de este lugar, y ¿por qué? No lo sé. ¡Es un milagro! —su voz tenía bastante acento extranjero, de manera que tuve

que escuchar atentamente mientras hablaba.

Esteban me miró, se levantó y caminó hacia la ventana. Afuera, el sol hacía brillar el agua que goteaba. En el parque la primavera había derretido parte de la nieve que lo cubría, dejando al descubierto lo que semejaba un gran remiendo.

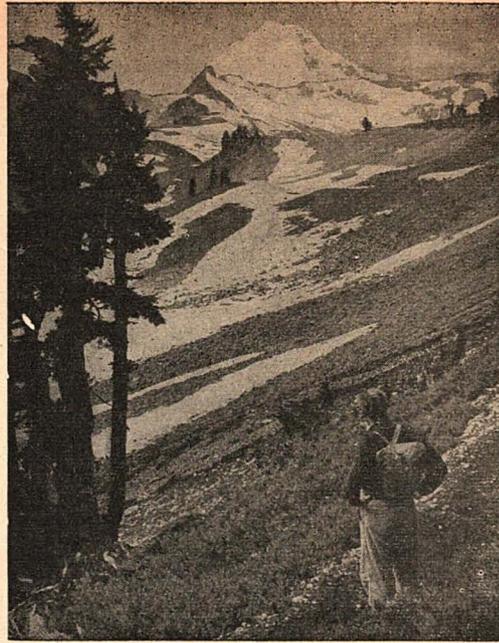
—La vida comienza otra vez —comentó—, para mí también.

—Háblame de eso.

La sonrisa se desvaneció. Habló despacio, tornando a mirar por la ventana.

—La guerra llegó a mi país en 1941 —comenzó. Y acto seguido me narró la conmovedora historia que va a continuación.

## LOS GUARDIAS NO PERMITIAN QUE NADIE SE ACERCARA A LA FRONTERA



Tuvo que dejar su trabajo y volver al pueblo de su madre, abandonando todo a merced de las interminables columnas de invasores. Hasta en lo apartado de su casa de campo, él y su madre pusieron sus ropas extra y sus objetos de valor en barriles de madera, y los enterraron en el campo.

Al poco tiempo se arregló para pedir una Biblia prestada, y durante las largas noches de terror, la estudió mucho, leyéndole en voz alta a su madre las promesas que significaban vida y protección para ambos. Encontraron allí que el día de descanso era el sábado, y convinieron en guardarlo si Dios los libraba de los desastres que ocurrían a su alrededor. Pronto la Biblia también ocupó su lugar en un barril entre las otras cosas de valor.

El fin de la guerra trajo consigo un nuevo estado de cosas, pero no verdadera libertad. No obstante, Esteban decidió estudiar más la Biblia prestada y a menudo enterrada.

Cada viernes por la tarde andaba muchos kilómetros en bicicleta para llegar a la casa de sus tíos abuelos, con el objeto de pasar el sábado con ellos. Para celebrar los servicios religiosos se reunían en una charca junto con unos treinta vecinos más.

Un sábado de mañana oyó un sermón titulado: "Indeciso ante la encrucijada". En lo

profundo de su corazón, reconoció que pronto debería decidir si volver a la cómoda religión de la iglesia establecida o unirse a la nueva fe, y sufrir las consecuencias.

Entonces nació en él una osada pretensión. Algunos parientes que tenía en un país americano le ofrecieron ayuda en caso de ir con ellos. Esteban sabía que nunca podría conseguir el permiso oficial para dejar su país, pero había una alternativa: escaparse.

El primer paso fue trasladarse a una ciudad de los Alpes, cercana a la frontera. Así lo hizo en noviembre de 1951. Encontró trabajo y se dispuso a esperar una oportunidad.

Los guardias no permitían que nadie se acercara a la frontera. Si se encontraba a alguien sin permiso y sin una buena razón que justificara su presencia allí, se lo consideraba traidor. Además, reprimían enérgicamente los intentos de los que trataban de encaramarse a un tren para abandonar el país.

Fue así como, un mes después de su llegada a aquella ciudad, Esteban se encontró recorriendo un largo camino que sin duda lo conduciría a la prisión o peor aún, a la muerte. Detrás de él, con el caño de su fusil, un guardia lo empujaba implacablemente a pesar de que tenía la rodilla magullada y sangrante por haber intentado ascender a un tren en movimiento.

La débil luz del sol proyectaba, desdibujadas, las dos largas sombras del prisionero y su captor sobre el camino, mientras andaban.

Con el rabillo del ojo Esteban miró aquellas sombras. Notó que el guardia se había rezagado uno o dos pasos pero aún lo apuntaba con el fusil y tenía el dedo en el gatillo. Entonces recordó que esa noche sería nochebuena.

Los pensamientos se hicieron más amargos. Imaginó. El guardia se reuniría con su familia y habría bullicio y cantos, una gran cena con pasteles y budines especiales, y luego regalos para todos. En cambio, su cena como prisionero en manera alguna sería muy apetitosa, y Esteban ni siquiera sabía si estaría vivo para participar de ella.

Caminaron mucho.

Oscureció. Las sombras de ambos se desvanecieron y en su lugar, junto a la carretera, caminaba la muerte, fría, silenciosa, aguardando. Resplandecían las luces en las casas a lo largo del camino. Eran vislumbres de otro mundo donde había cosas exquisitas para comer y los niños se trepaban a las rodillas del abuelo para que les contara la vieja, viejísima historia del Niño, los pastores y la estrella.

El imaginar este cuadro lo lastimaba, y Esteban lo desechó para quedar solo con su guardia y el espectro.

Era noche cerrada cuando llegaron frente a la prisión. Por fin el guardia rompió el silencio, y dijo:

—Ya estamos.

—Lo sé—, contestó Esteban, mirando hacia adelante. Vio los faros de un auto que se acercaba. El guardia bajó el fusil y se dio vuelta para tocar el timbre.

En eso, Esteban se lanzó a la calle, cruzó delante del automóvil y corrió en zigzag hacia las sombras de una casa del otro lado. Cuando el resplandor de los faros pasó, el prisionero ya había desaparecido en la oscuridad.

Esteban corrió hacia la parte posterior del edificio. El guardia, que no lo había visto, siguió de largo.

De pronto vio en la pared la ventana abierta de un sótano. Deslizándose primero los pies, Esteban se dejó caer, dando en una tina de agua fría. Por un momento permaneció en el agua, atisbando por encima del borde de la tina, y escuchando. Como no oyera nada salió de ella, escurrió el agua de sus ropas, y arrojó su sobretodo de nuevo en la tina. La policía buscaría a un hombre que vestía sobretodo, por lo tanto, no lo llevaría. Rápidamente cortó los cordones de sus botas de esquiar, y sosteniéndolas en una mano, y su cortaplumas aún abierto en la otra, atisbó por la ventana. Todo estaba en calma.

Salió con cautela, caminó un poco y cruzó al otro lado de la calle donde estaba la prisión. Trepano ágilmente el cerco de hierro, atravesó las seis hileras de casas, internándose en un oscuro bosque a corta distancia de allí.

¡Había despistado a sus perseguidores!

Tan pronto como cesó la alarma general, Esteban comenzó a caminar por las calles oscuras para llegar a las orillas de la ciudad. La noche era fría, tenebrosa y su ropa estaba escarchada.

Una vez más, amparado por las sombras, se arrodilló para dar gracias a Dios por su cuidado y orar fervientemente pidiéndole que continuara guiándolo y protegiéndolo.

Luego, partió al encuentro de los Alpes, de la frontera, y

por lo tanto, de más dificultades. Aunque le sangraban mucho las rodillas y tenía los pies tan hinchados que casi no soportaba las botas, sin embargo se propuso alcanzar la frontera antes del amanecer.

Al frente se extendía una franja de arbustos espesos que atravesaba la ondulada región, subiendo luego a las montañas más distantes. Esteban se internó entre los arbustos gateando y evitando los lugares en que había nieve, teniendo cuidado, además, de no romper ramitas. Después de recorrer dos penosos kilómetros, los arbustos terminaron y se encontró ante la ladera de la montaña compuesta de grandes rocas entre las que crecían achaparradas siemprevivas. La frontera estaba en alguna parte allá arriba entre los árboles y las rocas.

Tomándose de las rocas Esteban comenzó a subir por la falda de la montaña. De pronto sus manos palparon la tierra de un sendero.

¡Era el camino donde andaban los centinelas, y él se encontraba tendido allí!

Cruzó rápidamente el camino, trepó hasta el refugio que le ofrecían algunos arbustos, luego se detuvo para cobrar aliento y orientarse. Tenía la ropa hecha jirones, por arrastrarse sobre la roca desnuda. Los pies hinchados y las rodillas lastimadas pedían alivio. Más arriba estaban los riscos helados y los precipicios con sus nieves profundas. La escena que se le presentaba era horrible, pero peor aún era lo que había dejado atrás. Debía seguir.

Una vez más entre los arbustos espesos, Esteban se propuso seguir andando y ascender más. Pero ahora la montaña se hacía cada vez más abrupta y debía explorar detenidamente el lugar, pues cada paso que daba podía ser el último.

La mañana no le trajo alivio, sino que comenzó a soplar un viento helado que sacudía con fuerza los jirones escarchados de su ropa como si fueran trozos de cartón. La nieve lo cegaba.

Horas interminables de dolor, hambre, sueño, frío y exposición a la intemperie, comenzaron a hacer sentir sus efectos. Las nieves profundas

lo obligaban a detenerse, primero cada veinte pasos, luego cada quince y por último cada diez. La muerte, aún silenciosa, aún esperando, se convirtió nuevamente en su compañera constante. Parecía retroceder un paso o dos cuando él trataba de avanzar; pero sentía siempre su respiración en los oídos, cada vez que tenía que detenerse.

Finalmente no alcanzaba a dar cinco pasos y ya caía extenuado. La muerte le tendía una cama en la nieve, y cada vez que caía en ella, ésta le parecía más cómoda y tentadora.

Demasiado cercano a la muerte como para ir más lejos, aunque no dispuesto a morir, Esteban rogó vehementemente: "Dios, óyeme desde este desierto de nieve. Si tú agregas algunos días a mi vida, doquiera vaya, hablaré a la gente de tu poder y tu salvación".

El caer de la nieve fue cesando y allá abajo, en la ladera del otro lado de la montaña, vio un pequeño valle salpicado de casitas.

Demasiado cansado como para bajar caminando, se dejó caer rodando por la pendiente en procura de la casa más cercana. Al pie de la pendiente encontró una vertiente que lo revivió un poquito. Luego dificultosamente llegó a la cabana, y golpeó a la puerta.

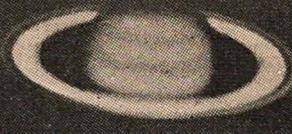
La dueña de casa miró confusa a aquel muchacho helado, medio muerto, que apenas podía mantenerse de pie en la puerta de su casa, y balbuceando: —¿Dónde estoy?

Entonces, sonriendo, le respondió:

—Está a salvo.

El silencio cae ahora en el pequeño dormitorio. Después de un momento Esteban dejó la ventana y vino a sentarse a mi lado.

—Antes, yo no creía en milagros —dijo pensativo—. Ahora, yo mismo soy un milagro. Puede ser que haya algunas cosas más grandes que encontrar la ventana abierta de un sótano en medio del invierno, y cruzar los Alpes la mañana de Navidad con las ropas escarchadas. Puede ser también que ustedes me ayuden a mantener la promesa que hice a Dios de hablar a todos de su gran amor por los hombres.=



**P**ARA los antiguos observadores del cielo, Saturno era el más distante de los planetas conocidos y su luminosidad equivale aproximadamente a la de un astro de primera magnitud. No fue muy difícil para los antiguos y medievales llegar a la conclusión de que Saturno era el más distante de los planetas por ellos conocidos, pues su período de revolución de  $29\frac{1}{2}$  años es bien largo comparado con el de Mercurio, Venus, Marte y también Júpiter.

Su distancia media del Sol es de 1.427.700.000 km y su período de rotación es muy corto, pues no pasa de 10 horas. Su eje está inclinado 26 grados con respecto al plano de su órbita.

Así como Júpiter, Saturno posee un achatamiento polar: su diámetro ecuatorial mide 120.700 km, mientras que el diámetro polar apenas 109.100 km; lo que quiere decir que en diámetro es 9 veces mayor que la tierra y en volumen, más de 700 veces.

Los astrónomos atribuyen su achatamiento a su rápida rotación y poca densidad, pues ésta es de 0,69 del agua. Por lo tanto, Saturno es casi 9 veces menos denso que la tierra.

Observado por el telescopio, Saturno, así como Júpiter, presenta partes oscuras, paralelas al ecuador, mientras que el espectroscopio revela también una atmósfera en la que predomina el metano ( $\text{CH}_4$ ) y, en segundo lugar, el amonio ( $\text{NH}_3$ ), habiendo apenas ligeros trazos de vapor de agua. Muchos astrónomos creen que prácticamente toda el agua de esos grandes planetas está concen-

trada en las partes inferiores de la atmósfera y en la propia superficie.

Un hecho que destaca a Saturno como un planeta singular entre todos son los seis anillos concéntricos en el plano del ecuador del planeta y descubiertos parcialmente por Galileo en 1610. Este los observó como dos apéndices sin atinar a dar una explicación. En 1655, sin embargo, Huyghens explicó el misterio y en 1675 Cassini probó que el anillo descubierto por Huyghens era doble, pues presentaba una faja oscura en el centro que hasta hoy es conocida como "faja de Cassini". Finalmente, en 1859 Bond demostró que el anillo era triple, y hoy sabemos que el anillo A, o el más externo, tiene más o menos 300.000 km de diámetro y 16.000 km de ancho; el anillo B, que es intermedio, tiene 220.000 km de diámetro y 25.000 de ancho, y existe una separación de 5.000 km entre éste y el primero. Finalmente C, el más interior, está separado de B por un espacio de apenas 1.600 km y su ancho es de 18.000 km. Entre éste y el planeta hay 10.000 km de separación.

Los anillos poseen velocidades diferentes y no son continuos, sino de naturaleza metéorica, y no impiden completamente el pasaje de la luz. Según la posición del planeta con relación a la Tierra, presentan fases y pueden hasta desaparecer completamente.

Saturno posee, además de los anillos, una familia de 9 satélites, de los cuales el último posee movimiento retrógrado, constituyendo así, una excep-

ción a la regla. Algunos astrónomos sospechan la existencia de un décimo satélite (Themis), sin embargo, no ha podido ser confirmada.=

# SATURNO

PROF.  
ORLANDO R. RITTER

# ENCUENTRO E

## RESUMEN DE LO PUBLICADO

Cuando en su niñez la autora descubrió que era huérfana de madre y que vivía en un hogar que la había adoptado, sufrió una gran desilusión. No obstante amó a su nueva madre, quien la crió en los principios morales y religiosos de la Biblia. Durante la segunda guerra María Ana fue enviada a Praga a una escuela nazi para cursar estudios de liderazgo juvenil. Allí olvidó su fe religiosa. Conoció luego a Rudy, joven marino con el que estuvo comprometida un tiempo. Ante el avance de las tropas rusas María Ana huyó a casa de una hermana, pero fue descubierta y enviada a un campo de trabajos forzados, del cual se fugó. De regreso en la casa de su hermana debió huir nuevamente, por las amenazas de un joven checo que la denunciaría si no se casaba con él. Con una amiga cruzó sin dificultades los territorios de Checoslovaquia y Alemania Oriental. El problema se presentó en la frontera con Alemania Occidental, hacia donde iban, pues existía una "tierra de nadie" muy difícil de franquear. En medio de una noche borrascosa llamó a una casa y el anciano que las atendió les dijo que un balsero podría guiarlas. Hicieron el arreglo con éste y una noche, juntamente con un numeroso grupo de fugitivos, llegaron a la "tierra de nadie". En ese momento los guardias rusos hicieron fuego. María Ana y su compañera se salvaron, pero debieron hacerse cargo de una chiquilla que se había separado de su madre, y con ella traspusieron milagrosamente la frontera, pero la criatura estaba al borde de la muerte. En eso vieron una luz.

Hacia allí se dirigieron sin saber de qué se trataba. Era un puesto fronterizo de las fuerzas norteamericanas. Allí se les indicó la oficina de la Cruz Roja y la forma de obtener sus papeles sin demora para dar albergue a la niña. Por fin estaban en Occidente, meta de su huida.

Toda mención de situaciones, métodos, personajes, etc., de los regímenes políticos imperantes en la época en que sucedieron los hechos no responde más que al criterio de objetividad con que la autora desarrolla los distintos momentos de su narración.

**N**O SABIA qué hacer con la niña en esa desesperada situación. Pero la enfermera me interrumpió bondadosamente:

—Olvidé mencionar que la Cruz Roja puede proveer todo lo necesario. Las anotaré a las tres. Tomó su plumafuente y algunos formularios:

—Les daremos a cada una de ustedes su tarjeta de racionamiento por una semana y algún dinero, y llamaré al hotel para que les dé albergue hasta que las llamemos de nuevo.

¿Había oído bien? ¿Esa mujer nos ofrecía una pieza en el hotel, alimento, y dinero por el hecho de que cuidáramos a una pequeña refugiada? Después de llenar algunas planillas, tomó el teléfono y reservó la pieza en el único hotel de la localidad, que había sido tomado por las fuerzas de ocupación. Recibimos las tarjetas de racionamiento, el dinero y dejamos la oficina.

Cuando salimos, algunos refugiados que estaban formando fi-

la nos rodearon ansiosos y nos hicieron algunas preguntas.

—¿Cómo consiguieron, muchachas, las tarjetas sin esperar? —preguntó una mujer macilenta de mirada cansada, mientras trataba de mantener quietos a sus niños que hacían bullicio y daban vuelta alrededor de ella. Le conté la historia brevemente.

—¡Qué suerte pueden tener algunos! —exclamó un hombre—. ¿Sabe que generalmente se necesitan de ocho a diez días para que una persona pueda registrarse, ser aprobada y conseguir una tarjeta de racionamiento? Y ustedes, chicas, cruzaron la frontera apenas anoche y ya tienen todo listo.

Sonreímos con humildad y nos alejamos rápidamente. No queríamos quedar a la vista de las largas filas de personas que estaban esperando por días y no podían ocultar su envidia, quizá resentimiento, por nuestro golpe de suerte.

Caminamos hasta el hotel y encontramos nuestra pieza con las

camas listas. Acosté a la niña para que descansara un poco y me senté a su lado hasta que se durmiera. ¡Así que nosotras habíamos tratado de ayudar a una niña perdida! Repentinamente esa niña había llegado a ser nuestro talismán. ¡Qué extraño! No la habíamos salvado porque esperaríamos recibir alguna recompensa, pero casi parecía como si la vida nos estuviera premiando por ese hecho. La bondad, pensé, tiene que producir bondad, el odio produce odio. Cada pensamiento, cada acción genera otra de su misma especie.

Por tres días completos gozamos de la comodidad de la pieza del hotel. Usábamos el dinero y las tarjetas de racionamiento con cautela, pero comíamos en abundancia y nos sentíamos refrigeradas y descansadas. Al tercer día llegó un mensaje de la Cruz Roja, se había conseguido un lugar y debíamos llevar de vuelta a la niña a la oficina. Lo hice con sentimientos encontrados. Nos sentíamos ligadas la una a la otra y la niña no quería dejarme. Por mi parte, me resistía a entregarla. Pero debíamos estar contentas de que la pequeña sería cuidada y traté de consolarla. Las lágrimas corrían libremente mientras Micherle y yo salíamos rápidamente de la oficina. Lo último que oímos fue la voz de la enfermera tratando de calmar a la niña que lloraba a gritos.

Nunca más oí de ella. Además, olvidé su nombre, pero pensé muchas veces en ella y me preguntaba qué habría sido de la pequeña. ¿Se habría reunido con su madre? ¿Habría vuelto su padre de la guerra? Solamente la eternidad me dará las respuestas, y así, debo esperar.

# MOCIONANTE

Nos ajustamos nuestras mochilas, entregamos la llave de la pieza del hotel al portero, y salimos. Estábamos en marcha otra vez. Siguiendo el camino rural hacia el sudoeste, caminábamos sin ningún plan. Después de todo habíamos cumplido nuestro propósito. Habíamos llegado al oeste. Teníamos nuestras tarjetas de racionamiento para refugiados que nos aseguraban que podíamos pedir otras cada diez días, y aunque esto significaba solamente un mínimo de alimento, nos salvaría de morir de hambre.

¿Qué hacer en adelante? Por semanas habíamos sido impelidas por una sola meta: llegar al oeste. Ahora que la habíamos alcanzado nos sentíamos como naves sin timón. Comenzamos a ir a la deriva. Caminábamos lentamente, nos juntábamos con otros muchos refugiados en cada camino, entrábamos en las poblaciones, y hacíamos pequeñas triquiñuelas para hacer durar más tiempo nuestras tarjetas de racionamiento.

Veíamos señales inconfundibles de un nuevo comienzo. En diferentes lugares la gente ya había comenzado a reconstruir las poblaciones destruidas. Niños, mujeres, ancianos, se movían entre las ruinas, retirando los escombros, limpiando viejos ladrillos para volver a usarlos, mezclando barro y paja para fabricar nuevos. Algunos negocios habían reabierto sus puertas para suplir las pocas necesidades que era posible satisfacer. Algunos restaurantes comenzaban a servir alimento a los refugiados si tenían tarjetas de racionamiento y dinero. Cada tanto nos regalábamos extravagantemente con un plato de sopa caliente, aunque esto nos llevaba una buena parte de nuestras tar-

jetas de racionamiento. Algunas droguerías también habían abierto, y trataban de hacer negocio con casi nada. Ofrecían hierbas medicinales y unos pocos remedios para casos de real emergencia. Esos remedios provenían de las tropas de ocupación. O bien exponían a la venta para los ansiosos refugiados algunas bagatelas. Era casi una obsesión para algunos vagabundos sin hogar como nosotras el comprar todo lo que era "libre", o sea, sin tarjetas de racionamiento. Había llegado a ser un hábito para la gente caminar por los pasillos de cada droguería para buscar ansiosamente mercadería "libre". Una vez tuvimos la buena suerte de encontrar un negocio donde vendían gotas para la tos sin prescripción médica. El remedio tenía un gusto terrible. ¿Pero qué importaba? Llenaba nuestro estómago por un buen rato.

Llegamos a una población bastante grande y no dañada por la guerra. Mientras andábamos por la calle principal, descubrimos una farmacia. Como siempre, sentimos el deseo irresistible de ir y probar nuestra suerte. Siempre teníamos algún dinero que provenía de la venta de parte de nuestras tarjetas de racionamiento a gente con más medios: así nunca estábamos "secas". Cuando entramos en el viejo lugar, pobremente iluminado, encontramos a otra mujer joven, al lado del mostrador hablando con el farmacéutico, que tenía el pelo blanco. Evidentemente, se conocían. Estos aldeanos, pensamos, tienen ventajita sobre los refugiados. Conocen a la gente que está detrás de los mostradores y son favorecidos a expensas de los extraños. Bueno, ésa era la vida.

Micherle y yo miramos a nuestro alrededor y buscamos. ¿Ha-



bía alguna oferta que nos sería útil? No vimos nada. Bueno, podíamos pedir gotas para la tos. Nos aproximamos al hombre y preguntamos cortésmente por ellas.

Al oír mi voz, la joven mujer levantó la vista sorprendida, y me miró. Yo, a mi vez, la miré en sus asombrados ojos castaños. ¡Yo había visto a esa persona antes!

—¡Ana María! ¿Qué estás haciendo aquí?

## ANA MARIA Y SUS PADRES HABIAN PERDIDO TODO. SOLO HABIAN SALVADO SUS VIDAS

Ana María era la hermana de Rudy, y con ella habíamos sido las mejores amigas mientras visitaba su hogar. No habíamos oído nada la una de la otra desde que había devuelto mi anillo a su madre, y a menudo me había preguntado qué había sido de ella. Solamente sabía que los rusos y los polacos se habían adueñado de su tierra.

Ana María extendió sus manos, y yo las tomé entre las mías. No pudo hablar por un instante, mientras las lágrimas brillaban en sus ojos. Salimos del edificio. Ana María iba adelante. Poco a poco íbamos contándonos nuestra historia. Ana María lloraba mientras hablaba, y todo mi resentimiento hacia su familia se iba diluyendo a medida que la escuchaba. Ella y sus padres habían perdido todo. Sólo habían salvado sus vidas. El padre había contraído neumonía y había estado a la muerte por semanas. La madre lo había cuidado día y noche. Como el alimento era escaso tuvieron que vender todas las cosas de valor para cambiarlas por leche y medicamentos.

—María Ana —sollozó Ana María—, no reconocerías más a mamá. Perdió cerca de treinta kilos en seis semanas. Papá todavía se parece a una sombra. Está muy delgado y pálido, y no puede subir las escaleras. Vivimos afuera en el campo, porque una mujer bondadosa nos abrió su casa y nos dio una pieza en lo alto. Tenemos más suerte que muchos, porque tenemos un techo sobre nuestras cabezas y una cama para papá.

Por momentos tuve que luchar con el sentimiento de que lo tenían bien merecido. Pero luego me sentí avergonzada de sólo haber albergado tales pensamientos. De nada nos aprovechaba el hecho de que la rica familia de Rudy había empobrecido repentinamente, y todos nos hallábamos en el mismo bote. Me llenó una profunda piedad mientras miraba a Ana María. Había sido la niña cuidada y protegida de una familia de fortuna a la que ni aun la guerra había molestado demasiado durante los primeros cuatro años. Trataba de imaginarme su temor y agonía cuando huyeron de su hogar. ¡Parecía tan des-

carnada y desamparada mientras caminaba a mi lado empujando la bicicleta de la dueña de casa!

—Ana María —dije—, dales mis más cordiales saludos a tus padres. Diles que no tengo nada más contra ellos y que les deseo la mejor suerte —Y ahogando mi orgullo con un gran esfuerzo, añadí— Ana María, ¿puedo preguntarte cómo está tu hermano?

—¡Oh, María Ana! ¿No sabes? —sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez—. Rudy está muerto por todo lo que nosotros sabemos.

Siguió dándome las razones por qué pensaban eso: submarino perdido y falta de correspondencia por meses.

¿Rudy muerto? Sí, yo había esperado que lo estuviera, porque era muy difícil pensar que pudiera estar sufriendo en un campo de prisioneros de guerra. Pero ahora que había oído a su hermana decir que estaba muerto, me di cuenta de que me había estado mintiendo a mí misma. ¡No, no había creído que estuviera muerto! La vida había llegado a ser casi sin esperanza otra vez desde que había cruzado la frontera para llegar a Alemania Occidental, y tuve que admitir interiormente que lo había estado buscando constantemente desde mi escapada de mis perseguidores. Había examinado las listas de nombres en cada puesto de la Cruz Roja. Había mirado cada rostro de hombre con la esperanza de encontrar a Rudy entre los refugiados. Había realmente comenzado a esperar otra vez, porque mi corazón rehusaba desesperar. Mi escondido amor me había empujado a vagar para buscar, para encontrar a Rudy.

Tuve que darme vuelta por unos momentos, porque era demasiado orgullosa para mostrar cuánto me importaba su hermano. Deteniéndome, traté de sonreír a Ana María mientras le decía:

—Annemie (su sobrenombre), pienso que Micherle y yo debemos volver a la ciudad y dejarte que regreses a tu casa, o tu mamá se sentirá preocupada. Me siento muy feliz de verte otra vez y, por favor, no te olvides de decirle a tu mamá que no guardo ninguna amargura en mi corazón para con ella. Eso es lo menos que podemos

hacer por Rudy: hacer las paces y olvidar el pasado.

Nos estrechamos las manos y nos separamos. Micherle caminó silenciosamente a mi lado mientras volvíamos a la ciudad.

Rudy estaba muerto, a lo menos eso era lo que parecía. Bueno, otra vez ese cruel, miserable pedacito de esperanza, que puede mantener a la gente en agonía por años, devoraba mi mente. ¿Importaba ello realmente? No era más mío, aunque viviera. Una ola de desesperación me invadió. ¿Valía la pena seguir andando aún aquí en el oeste? Era casi más de lo que mi orgullo podía soportar el darme cuenta de que mi principal propósito al andar de un lugar a otro había sido mi oculta esperanza de encontrar a Rudy.

Una voz familiar me llamó. Me di vuelta. A la distancia pude ver una figura femenina sobre una bicicleta que pedaleaba tan rápidamente como podía mientras agitaba las manos y llamaba. Era Ana María que volvía por nosotros a toda velocidad. Casi sin aliento frenó donde estábamos.

—María Ana —suplicó—, mi madre desea verte. Tan pronto como le hablé de ti, me envió en tu búsqueda. Por favor, María Ana, ven y saluda a mi madre.

Ahora me sentí resentida. Una cosa era enviar un bondadoso mensaje, pero otra cosa era ir y verla y estrechar su mano y hablar con ella. ¿Y si decía cosas equivocadas? ¿Cuánto perdón podría consentir mi orgulloso corazón? ¿No trataría de vengarse por su dureza al romper nuestra relación con Rudy?

La lucha interior debe haberse reflejado en mi rostro, porque Ana María dijo suavemente, mientras me rogaba con sus ojos:

—Por favor, María Ana, ven conmigo. Mi madre ha cambiado. Si ella ha sido injusta contigo, lo ha pagado en más de una forma. Tú no sabes cuánto significará para ella verte de nuevo. ¡Por favor, en nombre de Rudy, vamos!

Me sentí avergonzada de mí misma. Por supuesto que iría y vería a esos dos pobres ancianos enfermos si ellos lo deseaban. ¿Por qué agregaría tristeza a su pesar rehusándome? Nos volvimos y



*Por todas partes las ciudades alemanas mostraban las heridas producidas por la guerra, de las cuales iban reponiéndose poco a poco. En todas ellas había refugiados sin destino, para los cuales el presente era difícil y el porvenir muy incierto. Entre ellos se encontraba María Ana, casi al borde del quebrantamiento.*

caminamos con la hermana de Rudy hasta que alcanzamos una casa rodeada de colinas y bosques. Tomando valor, subí las escaleras hasta la pieza de sus padres. Segundos más tarde estuve delante de dos personas a quienes difícilmente reconocí. Corrí hacia la madre y puse mis brazos alrededor de ella. No pude hablar por un momento mientras ella y el padre comenzaron a llorar. Parecía adivinar lo que yo estaba pensando, y trató de sonreír:

—Sí, mi niña, sé que hemos cambiado. La vida nos ha tratado duro. Ven y siéntate.

Tenía lista la comida para nosotros. No podía negar la hospitalidad silesiana. Había ido a la dueña de la casa y pedido dos huevos. Eso demandaba bastante valor. Había también algo de pan en la mesa.

Yo apenas podía comer, porque sabía que ellos necesitaban el alimento para sí mismos. El padre tenía los labios azules, respiraba

con dificultad y lloraba cada vez que comenzaba a hablar. Los últimos vestigios de mi resentimiento se diluyeron en piedad. El nombre de Rudy se mencionó muy de vez en cuando. Ninguna de las dos partes se sentía libre de hablar acerca de él.

Cuando nos levantamos para irnos, la madre me apretó la mano.

—María Ana —dijo con tristeza—, yo no pensaba hacerte daño, y no sabía que mi querido muchacho te amaba tan profundamente. Trató de encontrarte otra vez, pero tú nunca contestaste.

—Olvidemos el pasado —dije suavemente—, seamos amigos otra vez. Aun si Rudy estuviera vivo, él y yo nunca podríamos arreglarnos otra vez para casarnos, y yo deseo ser amiga de ustedes por el resto de mi vida.

—Por favor, María Ana, escríbenos tan pronto como el correo marche otra vez y tengas una di-

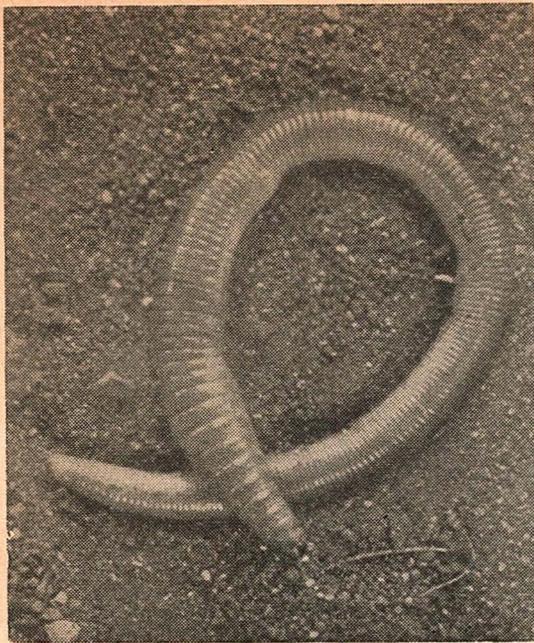
rección fija, porque tú eres todo lo que Rudy nos ha dejado, si él está muerto —dijo con voz vacilante el padre.

—Yo les escribiré —prometí y besé a los dos ancianos, quienes me besaron a su vez. Micherle y yo bajamos las escaleras y nos perdimos en el crepúsculo del atardecer. Micherle, que se sentía cohibida entre extraños, no dijo mucho, pero tan pronto como estuvimos solas, comenzó a hablar. El alimento era lo que más la había entusiasmado. ¡Pensar que cada una había comido un huevo frito! Habíamos olvidado el gusto que tenían los huevos. ¡Qué gente bondadosa!

Esa noche encontramos un establo en el campo y nos escabullimos en él para pasar la noche. A la mañana siguiente pensé que había llegado el tiempo de tomar una decisión.

—Micherle —dije—, esto de andar dando vueltas por aquí no es

*(Continúa en la página 23)*



¿CONOCE UD. UN CRIADERO DE LOMBRICES DONDE SUS ALOJADOS SUMEN MILLONES?

## EL LABORATORIO DE LAS LOMBRICES

DR. JOSE LIEBERMANN

*Un nuevo método para aumentar la producción de la tierra. Ensáyelo en el traspatio de su casa, o hasta en sus maceteros de la terraza.*

CUANDO la empresa Petrosur, que cerca de Campana, en la provincia de Buenos Aires, ha construido su enorme fábrica de fertilizantes para la agricultura de América, agasajó con un banquete a los participantes de la Primera Reunión de Fertilidad y Fertilizantes, organizada por la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la Universidad Nacional de Buenos Aires, quedaron todos impresionados por las monstruosas máquinas que por un lado tragaban diversas sustancias químicas y por el otro vomitaban

taban abonos extraordinarios para las plantas. El autor, que justamente en aquellos días profundizaba sus observaciones sobre "las lombrices de tierra", no pudo menos que exclamar: ¡Señores, mis felicitaciones! pero en realidad lo que Uds. han inventado no son más que "lombrices de tierra" mecánicas que imitan a las que, desde siempre, en la maravillosa armonía de la naturaleza, devoran los restos orgánicos de animales y vegetales y la tierra misma, y fabrican los mejores abonos para la vida vegetal.

### EL HAMBRE DE LA TIERRA, GASTADA POR LOS CULTIVOS

La tierra misma está hambrienta de alimentos que necesita para cumplir con su función productora y su papel en el mecanismo universal de la vida, que un fisiólogo famoso llamó "el torbellino vital". El ciclo de la vida empieza en el sol, gracias a cuyos rayos se forman en los tejidos de las plantas los cloroplastos, maravillosos corpúsculos verdes cuya sustancia esencial es la clorofila. Gracias a ésta y en presencia del sol o de la luz, las plantas verdes cumplen con la función llamada *fotosíntesis* o *asimilación clorofílica*, o sea que combinan el carbono del aire (al que separan del anhídrido carbónico de la atmósfera y ponen en libertad el oxígeno) con los elementos que las raíces absorben del suelo. Así, el laboratorio de las plantas, que son las hojas, van fabricando la materia orgánica: azúcares, almidones, aceites, proteínas, etc. De esta materia fabricada la mayor parte es sacada del suelo; y si no se reponen los elementos extraídos los suelos se empobrecen y ya no pueden alimentar debidamente a las plantas, ni éstas a los animales, que dependen para su alimentación de lo que fabrican las plantas. Cuando mueren los vegetales y los animales, sus organismos se descomponen y vuelven a transformarse en minerales y en gases. En el ciclo de la materia y en sus cambios las "lombrices de tierra" tienen un desempeño muy importante: al pasar por su aparato digestivo tanto los restos animales como vegetales se transforman en abonos y contribuyen a formar el humus del suelo. Son millones de obreros que trabajan en silencio para la vida sobre la tierra. Suelos improductivos adquieren fertilidad con la presencia de lombrices y la producción multiplica sus resultados. Viajen los amigos curiosos a Santo Pipó, en Misiones, Argentina, visiten la estancia de don Alberto Roth y observen su criadero de 25 millones de "lombrices de tierra" y cómo las utiliza para que sus tierras rindan más y mejor. Estudien la historia de las lombrices en Francia, de acuerdo con el libro de Voisin, *La Dinámica de los Pastos*. Lean el folleto, publicado por el INTA, cuyo autor es el mismo Roth, titulado "Instrucciones para la cría de lombrices de

*La lombriz de tierra desempeña una función de primer orden en la productividad del suelo, muy poco conocida y, por lo tanto, no aprovechada por los grandes y pequeños cultivadores. Las fotos de la derecha muestran las diversas partes de una lombriz, su largo tubo digestivo en una lombriz abierta, y la "cabeza" con su boca.*

tierra" y descubrirán una realidad magnífica en los modestos organismos que, por ahora, en la Argentina sólo aprovechan los pescadores.

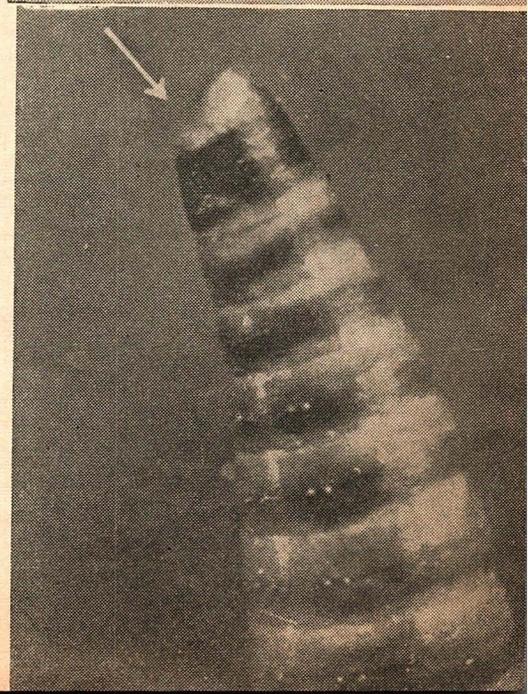
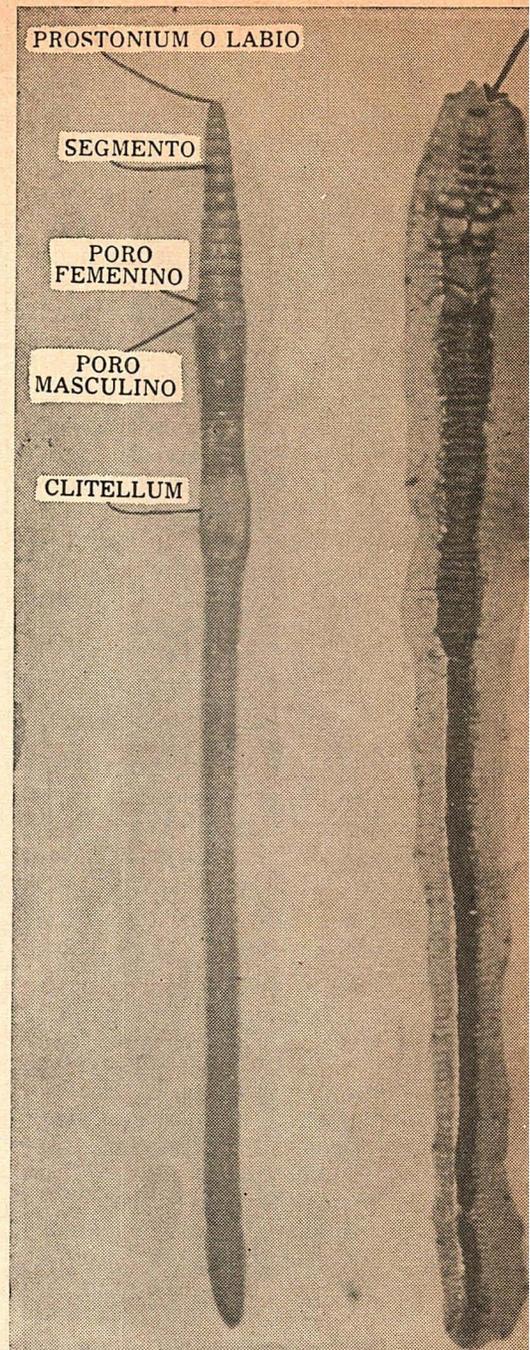
#### UN CONCEPTO ANTERIOR A DARWIN SOBRE LAS LOMBRICES

Cuando un autor escribe algo sobre las "lombrices de tierra" menciona siempre a Carlos Darwin como el primero que llamó la atención del pensamiento humano hacia estos maravillosos arquitectos del suelo. Darwin publicó su libro en 1881: *The Formation of Vegetale Mould Through the Action of Worms*. Sin embargo, ya en 1777 Gibert White (1720-1793) en su libro *Natural History and Antiquities of Selborne* (en el que también se ocupó de la migración de las aves), destacó la función de las lombrices en "la promoción de las plantas", diciendo: "Lo hacen perforando el suelo y haciéndolos más porosos y permeables para las lluvias, desmenuzando tallos y hojas, hasta restos de ramas y, más que todo, arrojando sobre la superficie de la tierra pequeños trozos de 'tierra' que son sus excrementos y que constituyen finos abonos para los granos y las plantas". Fue White un sacerdote que trabajó mucho en la difusión de las ciencias naturales en la época de Linneo y después de él. Es claro que Darwin, sin entrar todavía en la acción química de las lombrices, ya interpretó con más profundidad la función fertilizante de estos organismos cuando dijo, entre otras muchas cosas en su libro: "Después de treinta años de observaciones puedo hablar de su importante acción en favor de la agricultura. Puede dudarse entre éstos y otros organismos que han tenido un papel fundamental en la historia de la tierra, pero el de las lombrices es extraordinario a pesar de su organización sencilla".

#### EL CRIADERO DE LOMBRICES EN SANTO PIPO, MISIONES

Nunca olvidará el autor las impresiones recibidas viendo en la realidad lo que sólo conocía teóricamente. En los días que permaneció en Santo Pipó sus conceptos sobre las lombrices y su cría se afirmaron sobre las experiencias del señor Roth. Pasó este hombre largos años de trabajo hasta que logró encontrar los mejores procedimientos para la cría, alimentación y la aplicación práctica, en los cultivos, de las lombrices. Es que el señor Roth, profundo creyente y lleno de fe en el destino humano, aunque lo crea librado a sus propias iniciativas, no sólo es un admirador de la maravilla natural de las lombrices, sino un convencido de que el hombre, cuando ha logrado mantenerlas y criarlas en cautividad, puede sacarles una extraordinaria ventaja, como lo hizo con la domesticación de tantas especies salvajes, antes fuera de su dominio. Nada menos que con 25 millones de lombrices contaba el criadero en 1968 y su número no disminuye sino que aumenta, porque su reproducción es fabulosamente intensa cuando se encuentra en un medio apropiado para su vida.

Mucha gente sigue creyendo que para utilizar las lombrices hay que distribuirlas en los campos de cultivo, pero no es así. Lo que Roth distribuye es la llamada "tierra de lombrices", que es una mezcla de los residuos eliminados por ellas,



bolsitas de huevos y pequeñas lombricitas que no sólo fertilizan los cultivos (o las plantas, separadamente) tratados, sino que van formando focos fértiles en los suelos donde antes no vivían las lombrices, las que, como se sabe, no pueden vivir en los suelos pobres o sin materia orgánica, que es necesario preparar de antemano. Si en un hoyo donde plantará un árbol, en un terreno donde no hay lombrices, el señor Roth ubica un kilogramo o dos de "tierra de lombrices" sacada del criadero, ahí, con las lombricitas que nazcan y empiecen a trabajar, la estructura física y la composición química del suelo cambiará y se hará apto para la vida de las adultas. Pudimos observar cómo el señor Roth saca la "tierra de lombrices" del criadero o de lo que él llama "lombrigueras", sin dañar a las adultas, que van quedando en su interior, y almacena el producto o lo lleva directamente al cultivo.

Esa fue la lección fundamental que recibimos y que nos aclaró el problema. "Nosotros pensamos —dice el estanciero de Santo Pipó— que siendo las lombrices seres de función tan maravillosa, era necesario encontrar un procedimiento para aumentar su acción, como hace el hombre civilizado con otros productos naturales para utilizarlas en beneficio de la humanidad. (Supongamos que para tener pan —decimos nosotros— el hombre esperara el crecimiento de las plantas silvestres de trigo.) Había que buscar la manera práctica de agregar la cría de las lombrices, su aprovechamiento y su inclusión en las tareas comunes de la agricultura. Era necesario encontrar una feliz combinación para proporcionarles el ambiente apropiado para su vida, la alimentación necesaria con todas las condiciones para su posible multiplicación intensiva y su aplicación posterior tanto para la conservación del suelo como para su mejoramiento agrícola".

Esto es la oligoquetocultura, si se me permite la utilización de una nueva palabra, que no creo que se haya usado hasta ahora.=



## LA FAMILIA JOVEN

SE HA dado en llamar a esta etapa la "gran infancia", porque en ella la niñez llega a la maduración más definida que pueda lograr como tal. Se destacan algunos rasgos que caracterizan la conducta e intereses, por lo que se llama a este período también "edad de la razón", "edad del saber", "edad social" y "edad activa". Conformamos así un sintético panorama de la vida real comprendida entre los seis a doce o trece años aproximadamente.

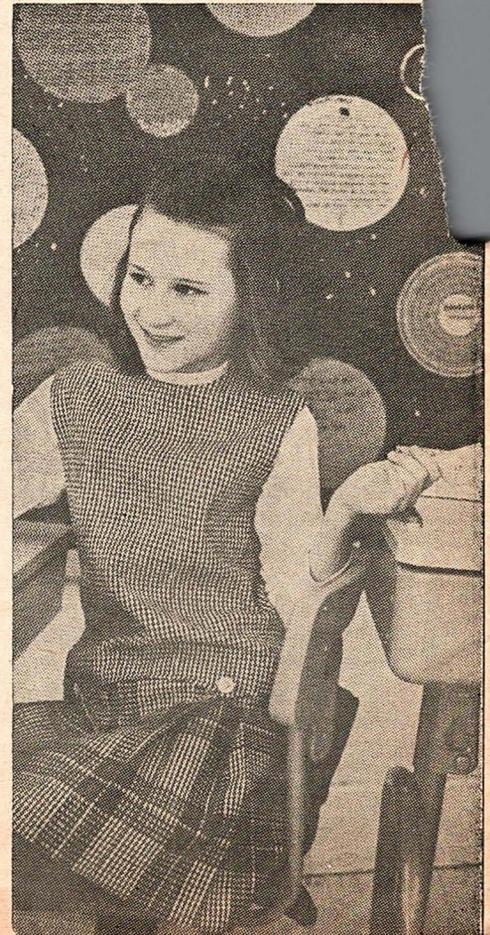
Como lo venimos señalando, cada nueva etapa del desarrollo infantil se presenta como la superación de crisis anteriores y una nueva marcha hacia el equilibrio y maduración biológica y psicológica, necesarias como índice de normalidad.

El hecho psicológico que nos dará la pauta que estamos en presencia de un nuevo período crítico que será superado en los años siguientes, es el que se conoce como *egocentrismo*.

Se oye a menudo expresiones como éstas en labios de infantes entre los cinco y seis años: "A mí me gusta aquello", "quiero eso", "no me importa si no le gusta". Todo lo que sucede a su alrededor es importante solamente en la medida en que es importante para él. Entonces aparecen las limitaciones, el "tira y afloja" entre el niño y su familia. Son comunes actitudes retrógradas, tales como la del niño que era cortés, pedía permiso, saludaba correctamente, y que de pronto deja de hacerlo; se observan en su lugar actitudes agresivas aparentemente afrentosas. Lo corriente es que se lo tilde de "mal educado". No faltan entonces los reproches: "No ves que Fulanito es más chico que tú, ¡y qué bien saluda!"; o "antes pedías permiso, ¡y ahora que eres más grande no lo haces!"

Para las situaciones anteriormente presentadas reiteramos a los padres lo aconsejado para la crisis de los tres años: *paciencia, equilibrio, madurez emocional y firmeza con mucha suavidad*. No olvidemos que la agresividad engendra agresividad. La constancia en las exhortaciones a los niños, la paciencia y serenidad unidas a una personalidad íntegra, moralmente intachable, dan frutos idénticos en la vida de los hijos. La sabia y prudente conducta de una madre además

MUY  
TEMPRANO  
DEBE  
ENSEÑARSE  
AL NIÑO  
A SER UTIL.  
HAY QUE  
ANIMARLO  
A TRATAR  
DE AYUDAR,  
DE ESE MODO  
APRENDERÁ  
A ENCONTRAR  
GOZO EN  
SERVIR Y  
BRINDARSE  
POR EL BIEN  
DE LOS DEMÁS



# LOS NIÑOS DE 6 A 12 AÑOS

¿Qué hacer  
con ellos?

PROF. MARGARITA I.  
SHARP DE PRIORA



piadosa, son una excelente garantía para evitar las asperezas conflictuales de sus vástagos.

Hallo muy oportunas para el caso las palabras de la Sra. E. G. de White: "Padres, al educar a vuestros hijos, estudiad las lecciones que Dios ha dado en la naturaleza. Si queréis cultivar un clavel o una rosa, o un lirio ¿cómo lo hacéis? Preguntad al jardinero. . . El os dirá que no es mediante un tra-

to rudo ni un esfuerzo violento. . . Es por medio de pequeñas atenciones repetidas con frecuencia. Riega el suelo y protege las crecientes plantas del viento impetuoso y del sol abrasador, y Dios las hace prosperar y florecer con hermosura. Al tratar con vuestros hijos *seguid el método del jardinero*. Por toques suaves, por un ministerio amante, tratad de moldear su carácter según el carácter de Cristo".<sup>(1)</sup>

Superando estas actitudes aparentemente negativas, puede afirmarse que a medida que pasan los años comienza una edad de aquietamiento, de reflexión y de interés intelectual, pero todo acaba nuevamente cuando llega la época de la pubertad, insegura y turbulenta.

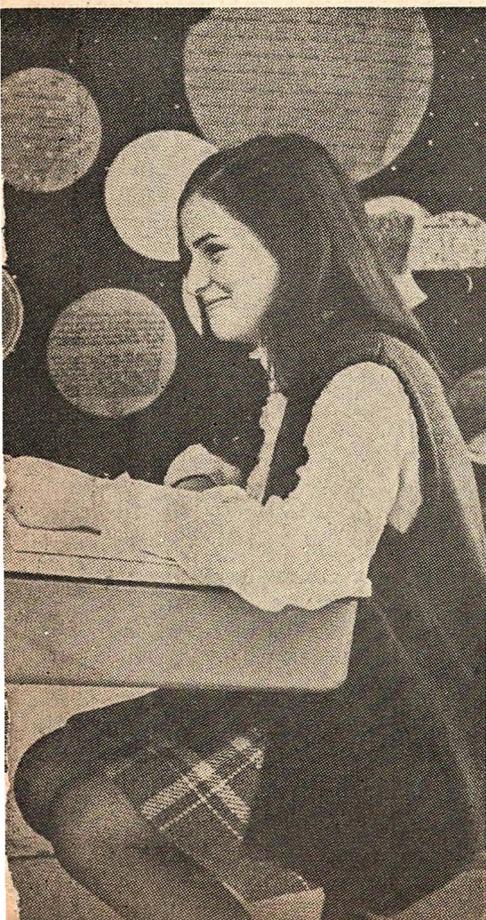
## DESARROLLO INTELECTUAL

A los seis años su madurez mental, normalmente le permite al niño aprender a leer, escribir y realizar las operaciones aritméticas elementales. Su forma de aprendizaje es básicamente intuitiva, pero ya a los siete u ocho años será sustituida con más frecuencia por el uso del razonamiento. Por otra parte, el empleo de dosis más elevadas de atención hacen que el niño evolucione de la inestabilidad y debilidad atencional a una mayor concentración. Es muy fácil hallar niños a los que se les exige en demasía un esfuerzo intelectual, cuando su maduración no le proporciona

una capacidad para tal tarea; esto origina fácilmente desajustes en su conducta como también aversión hacia la tarea escolar. Es obvio que se debe usar de mucha prudencia y frenar tal vez nuestros intereses ambiciosos de que nuestro hijo sea algo así como un "sobredotado".

Por otra parte, conviene tener en cuenta que el niño al iniciarse en la tarea escolar carece de método, experiencia y organización. Si lo dejamos solo en este aspecto tardará más en adquirir hábitos de estudio y trabajo más rendidores. Habrá quienes no logren superar adecuadamente estos defectos por falta de orientación en sus primeros años escolares, y continuarán así a través de los siguientes años de estudio. Es preciso facilitarles técnicas de trabajo apropiadas, vigilar cómo realizan sus tareas para corregir lo antes posible los defectos o vicios de estudio y aprendizaje; todavía es posible evitar que la planta crezca torcida o defectuosa; no lo esperemos todo de los maestros, seamos sus colaboradores para el bien de nuestros pequeños inexpertos.

En esta etapa la actitud de trabajo se desarrolla. Cuando más pequeño comenzaba tareas que le interesaban pero no era capaz de percibir sus posibilidades de realización y generalmente se cansaba antes de concluir las; ahora logra la terminación de los trabajos iniciados



y además busca la satisfacción en un resultado evidente.

Según Piaget, hacia los nueve años el niño entra en la "edad de la razón", la que debemos orientar cuidadosamente. El niño gusta de los cuentos, relatos e historias de hazañas, de descubrimientos científicos, de curiosidades de toda índole. Proporcionémosle lecturas buenas, elevadoras e instructivas que de esta inversión redundarán positivos beneficios para la formación intelectual y moral de nuestros hijos.

Otra área de la educación que se beneficia con la lectura, es la formación estética. Hay que desarrollar en los niños el buen gusto en todas las fases de la vida, ofreciéndole lecturas literarias infantiles, donde la naturaleza, lo humano, lo elevado, lo bello sean los temas destacados. Mucho se logrará para el desarrollo intelectual a través del saludable y bello ejercicio de la música y el dibujo. El ambiente ejerce una influencia profunda sobre la sensibilidad artística del niño, de ahí la importancia de rodearlo de elementos que lo habitúen a amar lo hermoso tanto en las notas musicales como en la decoración constituida por trazos o colores. Es natural que "la mentalidad del escolar tiene algo práctico y utilitario que no concuerda con las preocupaciones artísticas. . . La chispa brotará en la edad de la adolescencia".<sup>(2)</sup> Debemos da a entender que la edad escolar no es más que una etapa en la formación del gusto y no la decisiva, pero no por ello menos importante para echar los cimientos del buen gusto que debe estar alejado de lo desaliñado, chabacano y grosero. Es evidente que, si lo abandonamos al niño en su "libre expresión", no estaremos favoreciendo la correcta formación del gusto estético; tampoco pretendamos de él la perfección, pero sí, orientémosle en aquellos aspectos que necesita mejorar dentro de sus alcances infantiles.

Aparece definitivamente en esta etapa el interés por conocer el origen de la vida. Por supuesto que éste ha venido evolucionando, pero por el hecho de que el niño está en condiciones de razonar, exige tam-

bién respuestas razonables. En los primeros años de este período le daremos las informaciones sexuales que el mismo niño solicite, pero ya en la segunda mitad de esta etapa, si el niño nunca ha dado muestras de interés en estos temas es preferible proporcionar la información adecuada aunque él no lo sugiera con sus preguntas, pues hay quienes nunca preguntan y pueden acudir a fuentes perjudiciales, y esto hay que evitarlo.



*A los niños les gusta hacer tareas de grandes. Bien encaminados pueden ser de ayuda valiosa a sus padres en muchas cosas.*

#### VIDA SOCIAL

La vida social en este período es muy intensa: buscan la amistad y la camaradería sin ser muy electiva como lo será en la adolescencia. Necesitan vivir en grupo. Nos dice Debesse que "los defectos frecuentes entre los escolares, la fanfarronería de los varones, la vanidad de las niñas, son defectos sociales. Este período es, por tal motivo, especialmente difícil para los niños emotivos, tímidos, poco aptos para la vida del grupo".<sup>(3)</sup> Hay que estar atentos para detectar a estos niños retraídos y lograr que se integren al grupo, ya sea por el juego o a través de grupos de trabajo donde el ambiente sea propicio para esta integración.

Los entretenimientos se modifican a medida que pasan los años. Un niño de seis o siete años comienza sólo entonces a interesarse por juegos organi-

zados y en grupo. Le agradan los *juegos imitativos y de habilidad* (aros, trompos, bolitas, rayuela, etc.). Las niñas se dedican a juegos de imitación de ciertas habilidades femeninas: coser, cocinar, jugar a la maestra, etc. En la etapa intermedia (ocho a diez años) empiezan a gustar de *juegos de ingenio* y se inclinan por juegos en que puedan demostrar alguna habilidad física o mental. La *acción* caracteriza en general los juegos desde los seis años, por lo tanto disfrutan mucho haciendo construcciones, usando herramientas, representando todo tipo de combates, etc.

Hacia los últimos años (once a doce) aumenta el interés por los deportes, las excursiones, los campamentos, los clubes. Les agrada mucho hacer colecciones de estampillas, de postales, de monedas y billetes, banderines o distintivos, pañuelos, fotografías, etc.

"A esta edad los niños necesitan más que nunca un guía, un organizador, un 'director de juego' como se dice en Norte América. Cada barrio, cada pueblo debería tener un amplio y cómodo campo de juegos, donde los 'directores de juego' organicen la actividad de los muchachos y chicas. (Con lo que cuesta un stadium para cien mil espectadores que solamente 'miran' una vez por semana, se podrían construir muchos de estos campos de juego donde los muchachos podrían 'actuar' jugando o haciendo deporte todos los días, bajo la conducción de personas especializadas pedagógicamente)".<sup>(4)</sup> ¿No le parece una magnífica idea, padre amigo? Debemos anticiparnos a la aparición previsible del "espíritu de cuerpo" que se manifiesta en las pandillas, las "barras", que libradas a la influencia de la calle y el azar, suelen degenerar en actitudes hostiles y lamentables por faltarles la adecuada canalización de las energías vitales.

Hasta los seis años no existe una diferenciación de sexos entre niños y niñas. De ahí en adelante se acentuará esa separación manifestada especialmente en los juegos, de manera que el varón o la niña que guste de los juegos del otro sexo se expone a la burla. Sin

embargo, el interés tácito entre un sexo y el otro existe, con más frecuencia de los nueve a doce años. Acerca de ello describe con gracioso realismo A. Villaverde: "Las niñas en su grupo de risitas entrecortadas, y los varones en el suyo de forzada indiferencia se miran a hurtadillas, se espían, y se burlan mutuamente. Cuando se les habla de ello se muestran molestos, fastidiados, porque les interesa vivamente".<sup>(5)</sup>

Declara A. Villaverde que "a los diez y once años el niño está equilibrado y bien organizado". Parece un producto casi "terminado". Se siente seguro de sí, "poderoso" y "sabio".<sup>(6)</sup>

Pero hacia le terminación de este periodo de seis años pueden advertirse sutiles cambios biológicos que anuncian la proximidad de la pubertad, sobre todo en las niñas, cuyo desarrollo es generalmente más precoz. Psicológicamente se caracteriza por el comienzo de un repliegue hacia sí que prepara el principio de la adolescencia. Socialmente la amistad entre ambos sexos comienza a ser regularmente afectuosa, existe mayor comunicación, muchos menos prejuicios y no hay mayor selección. Los juegos motrices van disminuyendo, salvo la pelota. Las niñas "van guardando sus muñecas en el cajón de los recuerdos". Todo esto conforma un panorama que producirá un nuevo brote de introversión, rebeldía y desorden. Advirtamos lo que expresa la Dra. Selva E. Ucha, ex profesora de Psicología Aplicada de la Universidad Nacional de La Plata: "A pesar de su madurez intelectual, especial para el aprendizaje escolar, el rendimiento a veces puede verse comprometido, en mayor o menor grado, por los trastornos que esta crisis provoca en la personalidad, y como lógica consecuencia, en el rendimiento del menor".<sup>(7)</sup>

Como consejo final a los padres jóvenes que acuden a estas páginas, compartiremos el valioso mensaje que escribiera en su libro *La Conducción del Niño* la Sra. Elena G. de White: "Muy temprano debe enseñarse al niño a ser útil. Tan pronto como su fuerza y su poder de razonar hayan adquirido cierto desarrollo, debe



*El juego y la aventura son partes esenciales de la vida del niño. Bien dosificados contribuyen a su normal desarrollo.*

dársele algo que hacer en casa. Hay que animarle a tratar de ayudar a su padre y a su madre; a tener abnegación y dominio propio; a anteponer la felicidad ajena y los intereses del prójimo a los suyos propios, a alentar y ayudar a sus hermanos y a sus compañeros de juegos y a ser bondadoso con los ancianos, los enfermos y los infortunados. Cuanto más compenetre el hogar el verdadero espíritu servicial, tanto más plenamente se desarrollará en la vida de los niños. Así aprenderán a encontrar gozo en servir y sacrificarse por el bien de los demás".<sup>(8)</sup> Este es el mejor camino hacia la formación de un buen carácter, el mejor adorno de la personalidad.=

(1) Elena G. de White, *El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 475. (2) Maurice Debesse, *Las Etapas de la Educación*, págs. 91, 92. (3) *Id.*, pág. 75. (4) Anibal Villaverde, *Psicología Pedagógica*, pág. 161. (5) *Id.*, pág. 75. (6) *Ibid.* (7) Selva E. Ucha, *Revista Limen*, N° 24, pág. 8. (8) Elena G. de White, *La Conducción del Niño*, pág. 34.

## ENCUENTRO EMOCIONANTE

(Viene de la página 17)

bueno para nosotras. Pienso que debemos dejar esta región y caminar hacia el sur. Anhelé ver los Alpes toda mi vida. Vamos y veamos el sur de Baviera.

—¡Vamos! —dijo Micherle con entusiasmo. Después de varios días de caminar y después de haber hecho parte del trayecto en algunos trenes de carga, nos acercamos a Munich.

Yo estaba cada vez más y más disgustada conmigo misma. Toda mi vida había soñado con una visita a la bella tierra del sur de Alemania. Ahora, cuando nos es-

tábamos aproximando a ella no sentía absolutamente nada. Algo andaba muy mal en mí últimamente, y no sabía qué era. Era como si todo sentimiento o emoción me hubiera abandonado.

¿Había notado Micherle el cambio en mi manera de ser? Me preocupé muy poco cuando me dijo que había encontrado a un joven refugiado que le había pedido ir con ella hasta Heidelberg. No me importaba; ninguna cosa me importaba más. Asentí, y se fue. ¡Bueno, ahora estaba completamente sola! No más responsabilidad, no más necesidad de hablar con nadie.

Parecía no haber esperanza o ayuda para mí, y era incapaz de reconocer mi necesidad de auxilio y tratar de encontrarlo en alguna parte. Probablemente nadie me cuidaría tampoco. No había médicos ni enfermeras para todos esos millares de refugiados en cada ciudad. La gente sobrevivía o era *kaput*.

Años más tarde le hablé a un médico acerca de esos días y me dijo que había estado al borde de un completo quebrantamiento.

No había camino de salida, parecía, y a nadie le importaba. ¿A nadie? Alguien debe haberme cuidado y guiado, porque no creo que lo que sucedió un día fue un mero accidente. Yo me había olvidado de Dios, ¿pero él se había olvidado de mí?

Pocos días después de mi llegada a Munich me encontré, temprano una mañana, en una calle. Se libraba una lucha en mi mente confusa. La oscuridad parecía presionarme de todos los lados y mi mente, en vano, trataba de pensar. El presente y el pasado parecían mezclarse. ¿Había todavía guerra? No, la guerra había terminado hacía unos cinco meses. Un extraño silencio cubría la tierra. No se oía más el tableteo de las ametralladoras, no se escuchaban más explosiones, ni el hostil zumbido de los aviones durante la noche ni gritos ni llantos horribles mientras las bombas encontraban sus blancos. Todo estaba increíblemente tranquilo, tan tranquilo que la calma parecía opresiva.

Pero la gran ciudad mostraba abiertamente las heridas y marcas de la reciente destrucción. Ruinas y árboles ennegrecidos que bordeaban las avenidas proyectaban largas y extrañas sombras a la luz de la mañana.

Caminaba sin rumbo por las calles. La castigada ciudad trataba de despertar. Ladrillos y escombros habían sido amontonados para dar paso a la multitud. La gente caminaba rápidamente por esos senderos para llegar a los negocios y los mostradores don-

de formaban largas filas para comprar unos pocos bocados de alimento, si tenían suerte. Los obreros y empleados iban a sus lugares de trabajo, y los tranvías sobrecargados con pasajeros hacían sonar las campanas con impaciencia. En medio de todo ese movimiento se veía a los ciclistas tratando de adelantar su camino.

Me quedé contemplando el ir y venir de la gente. No tenía necesidad de abrirme paso; no tenía dónde ir. Como millares de otros yo llamaba "hogar" a un pequeño espacio cubierto de paja en el piso de una vieja escuela semidestruída. Era afortunada de haber encontrado aun eso.

Habiendo recibido mi comida de la mañana, una taza de sopa diluida y dos pedazos de pan seco, estaba libre de ir y hacer lo que me pluguiera. Nadie se iba a preocupar si no me presentaba al anochecer, y muchos nuevos "números" esperaban por un sitio vacante sobre la paja. Y todavía más refugiados venían del este.

Contemplaba el movimiento de la mañana, estudiando los rostros que pasaban: extraños, pasivos, duros, sin una sonrisa. El recuerdo de la muerte y el hambre presente estaban estampados en sus ojos tristes y en sus mejillas hundidas. Pero a mí me importaba poco. No esperaba una sonrisa ni aun una palabra.

De repente, sorprendida, sentí el calor del sol a través de mi delgado y viejo abrigo. ¿Por qué brillaba el sol? Había llovido por muchas semanas. Casi a cada paso de mi huida hacia el oeste la lluvia me había empapado sin piedad. Ahora el brillante y alegre sol y esas ruinas calcinadas alrededor de mí no parecían armonizar. Me quedé mirando y pensando, tratando de poner orden en mi mente confusa. Mi cerebro parecía hacer girar en una rotación sin sentido las palabras *sol, lluvia, ruinas, muerte, hambre*.

¡Oh, sí, tenía hambre otra vez! Los dos pedazos de pan viejo no duraban bastante, menos la sopa diluida. ¿Por qué, ahora, por qué brillaba el sol?

Un gran deseo trepó por mi garganta, un deseo de llorar, de sentir otra vez. Pero no podía; mi sonrisa y mis lágrimas parecían enterradas bajo una avalancha de horror. ¡Cuánto deseaba sentir esas cálidas gotas rodar por mis mejillas! Traté una y otra vez de llorar, pero no pude. Con un desesperanzado encogimiento de hombros me puse en movimiento.

Repentinamente mis ojos se detuvieron en varios anuncios impresos. Con grandes letras se anunciaba a la gente que habría un concierto sacro esa noche.

¿Pero dónde? En las afueras de la ciudad había una vieja catedral agrietada pero todavía en pie; las bombas no habían dado directamente en ella. Aun el órgano estaba intacto. Un grupo de valerosos músicos de cuerda invitaban a todo el mundo al Requiem de Haendel.

¡Música! ¿Música? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que oyerá el sonido de buena música? Parecía muchísimo, casi una eternidad. La música pertenecía a un mundo pasado, a un mundo en el cual yo no tenía más lugar ni parte.

¿La gente me permitiría entrar? La invitación decía que todo el mundo era bienvenido. ¿Y el precio de la entrada? No podía darme el lujo de pagarla. Había dado todas las cosas de valor al guía que me había hecho cruzar la frontera. No había salvado nada sino mi vida y la mochila sobre mi espalda.

Leí la invitación otra vez: "Entrada libre". No se cobraba.

Era algo increíble. ¿Por qué algunas cosas debían ser libres? ¿Por qué alguien hacía música para *mí* voluntariamente? Quedé pensando en el misterio. Sí, había un buen concierto, buena música, que yo amaba muchísimo.

Repentinamente me encontré formando parte de la multitud. Me abrí camino para tomar el tranvía y pregunté con nueva confianza en mí misma por el camino hacia la catedral. Para mi sorpresa, la gente se mostró voluntaria para indicármelo, aunque un poco intrigada. Por varias horas anduve cerca de la catedral hasta que la gente entró reverentemente en el santuario. En el interior había un pesado olor a incienso.

No atreviéndome a sentarme en un banco, me quedé de pie con los últimos que llegaron. El edificio se llenó. Mis ojos escudriñaron el recinto. Todo me parecía diferente y desconocido. Miré hacia arriba y con los ojos seguí las líneas curvas de la bóveda románica.

Todo el techo estaba cubierto por una antigua pintura. La reconocí como una reproducción de la Creación de Adán, de Miguel Ángel, de la famosa Capilla Sixtina. Dios extiende su mano hacia Adán. Cuando su dedo toca el dedo de Adán, la chispa de la vida entra en la recién creada forma del hombre, llega a ser un alma viviente.

Sí, yo conocía el cuadro, pero había olvidado la implicación. Mientras miraba hacia arriba mi mente luchaba para asirse a algo que había aprendido hacia mucho tiempo en las rodillas de mi madre, algo que había sido parte de

mi niñez. ¿Qué era lo que trataba de recordar? ¿Estaba buscando algo?

Repentinamente comenzó la música. Los instrumentos de cuerda y el órgano se mezclaron suave y armoniosamente. El sonido crecía, y se hacía más voluminoso y fuerte, llenaba el viejo edificio, ascendía a la bóveda, abrazaba la antigua pintura agrietada y, finalmente, se precipitaba afuera por la ventana de cristales rotos, con un gozoso acento, en la vasta noche estrellada.

Repentinamente recordé la historia de la pintura. Mi madre la contaba y yo escuchaba de nuevo. Estando sola entre centenares de reverentes extraños, súbitamente sentí calor en mi corazón. Se rompía el hielo de mi interior. La música y la palabra de mi madre se abrieron paso a través de las grietas de mi alma quebrantada. Sentí que los ojos se me humedecían y mi corazón comenzó a cantar. Cálidas lágrimas de gozo bajaron rodando por mis mejillas, pero no queriendo distraer a los otros oyentes, no levanté las manos para enjugármelas. Mi corazón gritaba: Madre, puedo sentir otra vez; oh, madre, ¿dónde estás?

Cuando la música llegó a su glorioso final, levanté la vista otra vez.

En la pintura, Dios miraba amorosa y tiernamente a Adán, y el hombre miraba con adoración en los ojos de Dios. Pero de alguna manera, me parecía que Dios y Adán me miraban a mí, y me imaginé ver que sus ojos me sonreían.

Me dejé arrastrar por la multitud que lentamente salía por la puerta. Luego me encontré bajo un cielo nocturno, negro y aterciopelado, y levanté la vista otra vez.

Mi mente todavía estaba formulando y contestando preguntas. Había demasiadas cosas que no podía entender, pero no me importaban más. Mi corazón había gustado otra vez un momento de paz. Quizá la vida tendría un propósito, después de todo, y tal vez habría paz permanente en alguna parte, una paz que yo había tenido antes y había perdido. Quizá podría encontrarla de nuevo. ¡Por lo menos probaría!

Con una inclinación de cabeza me despedí agradecida de la catedral, donde las luces se iban apagando una por una y dejando en la sombra la pintura de Dios y Adán. Me volví, enderecé los hombros, y con nuevo valor caminé en la noche a través de las ruinas y los escombros. Mi corazón cantaba un nuevo canto. ¿O era una canción antigua tal vez por tiempo olvidada? =

En el próximo número:  
**ENCONTRE MI AMOR**